

Memoria, Historia y psicoanálisis. Reflexiones en torno del malentendido Ricoeur-Lacan.

Mariana Leconte
(IIGHI, CONICET/UNNE)
marianaleconte@hotmail.com

Ricoeur y Lacan estuvieron próximos de un encuentro intelectual fructífero y promisorio. Sin embargo, a pesar de la ocasión histórica, el encuentro jamás se produjo. El intento de esta exposición es poner en relación esta circunstancia con los resultados a los que Ricoeur arriba en *La memoria, la historia, el olvido* respecto del papel de la historiografía frente a los traumas de la historia. Para ello, se recorrerán las críticas dirigidas en distintos momentos a la interpretación ricoeuriana del psicoanálisis, aún en juego en esta obra tardía.

El malentendido entre Ricoeur y Lacan.

El primer jalón del recorrido había sido el coloquio de Bonneval de 1960, organizado por Henri Ey, en el que Ricoeur expuso sobre “Lo conciente y lo inconciente”, y en el que también expusieron Politzer y Laplanche una versión del inconsciente que se empezaba a alejar de la de Lacan¹. La situación de Lacan en ese contexto era un buen caldo para el deseo de encontrar aliados. Lacan creyó encontrar uno en Ricoeur, a pesar de que el menor análisis del texto de esa ponencia haga al lector patente lo ilusorio de la pretensión. Se acercó al filósofo anunciándole que por fin había encontrado un discurso adecuado a su enseñanza. Lo invitó a cenar y le propuso asistir a su seminario.

Ricoeur se entusiasmó. Estaba escribiendo un texto sobre Freud, por lo que la invitación lucía oportuna. Comenzó a asistir al seminario, además de participar de la presentación de enfermos con Yves Berterat (psiquiatra católico, discípulo de Ey y de Lacan). Pero no entendía nada. El habla de Lacan le parecía “inútilmente difícil y perversamente suspensiva” (Roudinesco: 1993, p. 25). De nada sirvió el auxilio de sus amigos fenomenólogos y lacanianos A. de Waehlens y A. Vergote. La enseñanza lacaniana siguió siendo impenetrable para él.

Ricoeur continuó, sin embargo, insistiendo en la asistencia regular al seminario y Lacan en la creencia en su entusiasmo. Ricoeur ya era reconocido. Lacan no y se ilusionó con aparecer en el texto que Ricoeur estaba preparando. El malentendido –la ilusión de semejanza- siguió su curso, inadvertido, un par de años, para salir a la luz a fines de 1963, cuando por fin Lacan se decidió a preguntar a Ricoeur qué le había parecido una sesión del seminario y se encontró con la incomprensión como respuesta. Su desilusión fue grande. El espejo se rompió, en un momento, por lo demás, inoportuno: Lacan acababa de sufrir una dura derrota ante la IPA². El engañado reaccionó con furia. Al conocer el contenido del libro de Ricoeur sobre Freud, publicado al año siguiente, el desengaño comenzó, además, a expresarse en quejas ante sus discípulos: “fui víctima de un plagiaro”. Algunos lo tomaron al pie de la letra confirmando su suposición con el recuerdo de la imagen de Ricoeur presente en el seminario. No se leyeron mutuamente, no se sentaron a discutir. No hubo sino un encuentro imaginario, condenado por tanto al desencuentro.

Sobre esa base, las palabras que luego aparecen sólo profundizan el malentendido y la separación. El texto de Valabrega y la respuesta de Ricoeur; el artículo de Michel Tort y la sordera persistente de Ricoeur a todo el aporte de Lacan³. Roudinesco habla de “resistencia”.

¿Qué hubiera sucedido si, en lugar de mantenerse en este plano imaginario de la búsqueda de un semejante y de la ilusión de encontrarlo, la relación hubiera pasado a la discusión del

¹ Sobre esta reseña de la historia del malentendido entre Ricoeur y Lacan cfr. E. Roudinesco (1993), pp. 23-29.

² Asociación Psicoanalítica Internacional.

³ Cfr. Valabrega (1966); Tort (1976).

pensamiento, a la circulación de la palabra entre ellos? ¿Qué hubiera pasado si la palabra hubiera obturado la llamativa sordera de ambos en relación a la palabra del otro?

Textos de crítica.

Las críticas desde las que presentaré el texto de Ricoeur son las expuestas por el filósofo y psicoanalista Michel Tort (Tort: 1976) y los psicoanalistas Jean Laplanche (Laplanche: 1984; Laplanche: 1996) y Jacques Sédat (Sédat: 2008). Voy a tener en cuenta, casi exclusivamente, las reservas respecto de la metodología ricoeuriana de lectura e interpretación del psicoanálisis freudiano.

En *La memoria, la historia, el olvido*, Ricoeur trae al texto los artículos de Freud “Recordar, repetir, reelaborar” (Freud: 2010) y “Duelo y melancolía” (Freud: 2010b), en el marco de su consideración de la memoria ejercida, como memoria impedida. En ese capítulo, Ricoeur da primero un rodeo, innecesario a mi modo de ver⁴, por el uso y abuso de la memoria artificial (de la “memorización”), para detenerse luego en el ejercicio de la memoria natural, con un análisis de tres tipos de usos y abusos, referidos todos al plano de la memoria colectiva: el tipo práctico de la memoria *manipulada*, el tipo ético-político de la memoria *obligada*, y el tipo patológico-terapéutico de la memoria *impedida*, en el que nos vamos a detener, el único en el que la argumentación introduce al psicoanálisis.

Ricoeur desarrolla este párrafo en referencia a los mencionados textos de Freud. ¿Para qué los trae? Dice hacerlo para orientarse en una doble dificultad inicial: la planteada por la pregunta sobre la legitimidad de la aplicación de categorías forjadas en el coloquio analítico a la memoria colectiva, y la suscitada por la legitimidad del tratamiento de la *patología* de la memoria (*pathos*, pasividad), en el contexto de un capítulo dedicado al *ejercicio* (activo) de la memoria. Esta última no pasa de ser una pregunta retórica.

¿Qué trabajo hace Ricoeur con estos textos? En principio, sólo una –pobre- reseña de su contenido. De “Recordar, repetir, elaborar”, dirá que el punto de partida de Freud es el “obstáculo principal encontrado por el trabajo de interpretación en el camino de la rememoración de los recuerdos traumáticos”, esto es, “la compulsión a la repetición” atribuida –por Freud, según Ricoeur, a “las resistencias de la represión” (Ricoeur: 2008, p. 97). La compulsión a la repetición se caracteriza por la tendencia al paso al acto que “sustituye el recuerdo”. Ricoeur rescatará como “lo importante” para su argumentación el vínculo entre compulsión de repetición y resistencia “así como la sustitución de este último fenómeno por el recuerdo” (Ricoeur: 2008, p. 98). Además, subraya como algo especialmente significativo para el posterior traslado del análisis clínico al plano de la memoria colectiva, las proposiciones terapéuticas que, según él, Freud hace al respecto. La primera de ellas se refiere al analista, aconsejándole “gran paciencia respecto de las repeticiones”, la segunda se dirige al paciente pidiéndole que “encuentre el valor de fijar su atención en sus manifestaciones mórbidas”, que deje “de considerar su enfermedad como un adversario digno de estima...” etc. Ricoeur dice que a este “trabajo” pedido al paciente y al analista es a lo que Freud llama “elaboración”. Subraya especialmente el término “trabajo”, porque es con esa noción que es posible hablar del recuerdo mismo como un trabajo y oponer, de este modo “trabajo de rememoración a compulsión de repetición” (Ricoeur: 2008, p. 98).

Respecto de “Duelo y melancolía” refiere, al inicio, que este artículo se presta menos a la trasposición al plano colectivo “porque trata el duelo como término de comparación para abordar la melancolía” y no tanto en sí mismo [No sé por qué sería esto un obstáculo a la trasposición que pretende hacer], y por lo tanto sólo se sacará de él provecho vinculándolo con los rendimientos que diera el artículo antes considerado⁵. Y entonces dibuja esa equivalencia, que expresa en qué

⁴ No le encuentro otro sentido a esta inclusión que la intención de abarcarlo todo, la voluntad “sistematizante”, sombra de todo filósofo.

⁵ Esto no le impide señalar, en una frase confusa, que: “Es la pendiente del duelo hacia la melancolía y la dificultad del

hace consistir Ricoeur la relación entre los textos: “En lugar del recuerdo, el paso al acto; en lugar del duelo, la melancolía” (Ricoeur: 2008, p. 100).

Como bien señaló Michel Tort, respecto de *Freud, una interpretación de la cultura*, “...la lectura de P. Ricoeur, se limita a alinear un resumen tras otro, una cita tras otra... y el habla crítica se reduce al papel de argamasa prescindible entre las diversas ‘reproducciones’ del texto” (Tort: 1976, p. 2). No se dice nada nuevo. No se ve un verdadero trabajo con los textos y tampoco se ve hacer trabajar los rendimientos de esas lecturas en la construcción de la hipótesis propia.

Esa ausencia de trabajo se evidencia en la falta de rigor en el manejo de los conceptos, que no aparecen suficientemente analizados ni “examinados en su real coherencia interna”. Los conceptos son presentados como si no ofrecieran ninguna dificultad, ni lucieran contradictorios. Sin embargo, “la experiencia más banal de una lectura un poco atenta de Freud es precisamente la de esta contradicción...” (Tort: 1976, p. 3). La impresión es, finalmente, que la lectura de P. Ricoeur “pasa por encima de los textos...” (Tort: 1976, p. 3) y descuida su complejidad, abordándolos desde la debilidad de alguna idea casi intuitiva que es la que ya sostiene Ricoeur antes de abordar la lectura y a la que la lectura no parece aportar gran cosa.

En lo atinente a “Repetir, recordar, reelaborar”, Ricoeur no toca lo más sustancioso del texto, que está, como Freud mismo señala, en la relación entre la compulsión de repetición, la transferencia y las resistencias. Lo más interesante se juega en la descripción freudiana de las vicisitudes de esta relación y en los derroteros que fija al análisis. La única idea que rescata Ricoeur, sin embargo, es la oposición entre compulsión de repetir (actuar) y trabajo de recuerdo. En el caso de “Duelo y melancolía” directamente nada se rescata. La sensación es la que señala Tort: la de que es constante el desconocimiento de los verdaderos problemas.

El carácter de la lectura de Ricoeur se evidencia en su reacción ante los vaivenes, las dudas o las preguntas abiertas dejadas por Freud de continuo en el camino: Respecto de la cita de Freud en que éste expone: “...desde el punto de vista económico, no comprendemos ninguno de los dos fenómenos”, Ricoeur escribe esta línea curiosa: “Olvidemos la confesión de Freud sobre la explicación...” y manifiesta, además, no querer “dejar esta confrontación entre duelo y melancolía con estas palabras perplejas de Freud” (Ricoeur: 2008, p. 102) ¿Por qué sería digno de olvido lo que generalmente los lectores de Freud señalan como signo de su seriedad: el dejar abierto lo que aún no comprende? Ricoeur rellena el vacío por dos vías: a) extrayendo una –pobre– consecuencia, que llama su “lección clínica”: que “el tiempo de duelo no deja de tener relación con la paciencia que el análisis exigía sobre el paso de la repetición al recuerdo. El recuerdo no se refiere sólo al tiempo: exige también tiempo, un tiempo de duelo” (*Ibid*); b) conduciendo al lector a través de un largo *excursus* por distintas concepciones históricas de la melancolía, expuestas desde el texto de R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl *Saturno y la melancolía*; es decir, tapando la perplejidad que resulta de la clínica con respuestas teóricas.

El *excursus* es particularmente curioso. Pareciera que su finalidad fuera mostrar que hay autores que sí encontraron respuestas allí donde Freud nos dejó perplejos, y que encontraron respuestas mejores a las de Freud. Es la impresión que transmiten estas citas: “Al remontarnos de este modo a la *acedia* de los religiosos ¿no hemos proporcionado al trabajo de duelo su digno oponente?” (Ricoeur: 2008, p. 105). O: “Esta es la palabra: sublimación. Este elemento que falta en la panoplia de la *metapsicología* de Freud quizás hubiera proporcionado a éste último el secreto del cambio de la complacencia con la tristeza en tristeza sublimada –en alegría. Sí, la pena es esa tristeza que no realizó el trabajo del duelo. Sí, la alegría es la recompensa de la renuncia al objeto perdido y la prenda de la reconciliación con su objeto interiorizado. Y, por cuanto el trabajo de duelo es el camino obligado del trabajo de recuerdo, también la alegría puede premiar con su favor el trabajo de memoria” (*Ibid*, p. 106).

duelo para salirse de esta terrible *neurosis* las que deben suscitar nuestras reflexiones posteriores sobre la patología de la memoria colectiva y sobre las perspectivas terapéuticas así abiertas” *Ibid*. [El subrayado es mío] . ¿No manifiesta esta frase una comprensión errónea de la tarea del análisis?

De este modo, y por ciertos “deslizamientos de sentido”, no necesariamente intencionados, prepara el camino para presentar el horizonte de su investigación: el de la posibilidad de una “memoria feliz”.

El trasfondo y el resultado, en palabras de Tort: “...Una negación astuta del freudismo, cosa que es preciso entender, como ya veremos más adelante, en el sentido estrictamente psicoanalítico” (Tort: 1976, p. 7). Laplanche hablará de un acallamiento de lo inconciente, operado por el carácter de la lectura emprendida por Ricoeur.

Lo que hubiera sido. Lo que podría ser.

Al final del capítulo llega casi tímidamente y dejándonos sedientos de una mayor elaboración, a exponer las ideas dignas de pensarse, aquellas que, con un mayor esfuerzo de elaboración y con un concurso más adecuado de los rendimientos del psicoanálisis, pueden ser significativas para pensar la tarea de la historiografía.

Ricoeur vuelve en ese final a las dos preguntas con las que había comenzado el párrafo sobre la legitimidad del traslado de las “categorías patológicas de Freud” al plano de la memoria colectiva y de la historia, y sobre la legitimidad del cambio del enfoque *activo* (memoria ejercida) al *pático* (patología del recuerdo).

En lo atinente a Freud, en primer lugar, Ricoeur dice que la traslación estaría justificada dado que las situaciones que Freud considera para abordar el trabajo del recuerdo y el de duelo sobrepasan en sí mismas ya el escenario psicoanalítico. “Todas las situaciones evocadas en la cura psicoanalítica tienen que ver con el *otro*, no sólo el de la ‘novela familiar’, sino también el otro psicosocial y, si se puede decir así, el otro de la situación histórica” (Ricoeur: 2008, p.107). En segundo lugar, Freud mismo habría justificado este traslado al emprenderlo en textos como *Totem y Tabú*, *Moisés y la religión monoteísta*, *El futuro de una ilusión*, *El malestar en la cultura*, *El Moisés de Miguel Ángel o Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*.

Por otra parte, Ricoeur reconoce como antecedentes facilitadores de sus intentos de traslación, algunas reinterpretaciones del psicoanálisis próximas a la hermenéutica, en particular, algunos trabajos de Habermas “en que el psicoanálisis es reformulado en términos de desimbolización y de re-simbolización” (Ricoeur: 2008, p. 107). Ricoeur, evidentemente, sigue pensando el psicoanálisis en términos de hermenéutica. Aquí caben todas las críticas de Laplanche y Sédat. Aquí, claramente, la lectura de Lacan hubiera conducido a Ricoeur a una interpretación más adecuada del método psicoanalítico en Freud.

La fenomenología de la memoria colectiva herida, por su parte, contribuiría a justificar el traslado de las categorías clínicas al plano colectivo, al poner a la vista situaciones colectivas patológicas equivalentes a las que tiene que tratar el psicoanálisis.

Se puede hablar, no sólo en un sentido analógico sino también en los términos de un análisis directo, de traumatismos colectivos, de heridas de memoria colectiva. La noción de objeto perdido encuentra una aplicación directa en las ‘pérdidas’ que afectan también al poder, al territorio, a las poblaciones que constituyen la sustancia de un Estado. Las conductas de duelo...son ilustradas por las grandes celebraciones funerarias en torno a las cuales se reúne todo un pueblo, (Ricoeur: 2008, p. 107-108).

Las heridas de la memoria colectiva, termina diciendo Ricoeur, no son meras circunstancias, sino que tienen que ver con la estructura de la existencia colectiva: la relación fundamental entre historia y violencia, o mejor, entre actos fundadores y violencia, que no puede sino dejar marcas, heridas a sanar.

Lo que celebramos con el nombre de acontecimientos fundadores son esencialmente actos violentos legitimados después por un estado de derecho precario. Lo que fue gloria para unos fue humillación para los demás... Así, se almacenaron en los archivos de la memoria colectiva heridas simbólicas que exigen curación, (Ricoeur: 2008, p. 108).

Ricoeur verá en la falta de memoria y en el exceso de memoria, las manifestaciones de lo producido por estas heridas. Son estas manifestaciones las que serán explicables por las “categorías patológicas de Freud”. En este punto, parece recién desatarse la corriente de la traslación de las categorías clínicas a lo colectivo. Ricoeur nos sorprenderá hasta el final del párrafo con sucesivas adscripciones de unas a lo otro: a) El exceso de memoria se asocia a la compulsión de repetición que “conduce a sustituir, por el paso al acto, el recuerdo verdadero *por el que el presente se reconciliaría con el pasado*”. Esta sustitución del recuerdo es lo que parecen obrar tanto las “violencias” desperdigadas “por el mundo” cuanto las conmemoraciones excesivas de las “celebraciones fúnebres”. El exceso de memoria, en virtud de los paralelos establecidos por Ricoeur entre los textos de Freud, se describe también como un cultivar la memoria-repetición “con delectación melancólica”, como un regodeo. El punto característico de esta memoria-repetición es su resistencia a la crítica; b) la *demasiada poca memoria* puede re-interpretarse del mismo modo, con signo opuesto: rehúye “con mala conciencia” la memoria-repetición, teme “ser engullido por ella”. Pero adolece, como el exceso de memoria, del mismo “*déficit de crítica*”; c) el “duelo” del que habla Freud se vincula a las heridas del amor propio nacional ligadas siempre a pérdidas del “objeto de amor”. El trabajo del recuerdo, equivalente del trabajo de duelo en el plano colectivo, consiste en abandonar, sometiéndose a la prueba de realidad, “las energías y actividades por las que la libido no deja de relacionarse con el objeto perdido, hasta que *la pérdida haya sido interiorizada definitivamente*” (Ricoeur: 2008, p. 109)⁶.

Todos los síntomas –exceso de memoria, defecto de memoria, duelo- deben someterse al *trabajo de rememoración*, para sustituir la memoria-repetición por la memoria-recuerdo, “que es fundamentalmente una memoria crítica” (*Ibid*).

Respecto de la segunda pregunta, a la que Ricoeur dedicará poco espacio, la respuesta se limita a colocar como clave de respuesta la noción de *trabajo* (de duelo, de rememoración), en tanto supone que los trastornos de que adolece la memoria, no sólo son *padecidos* (es decir, no son sólo algo que el que ejerce el recuerdo sufre a su pesar y frente a lo cual nada puede hacer), sino que también son *ejercidos*, como parece en otras palabras decir Ricoeur, y por lo tanto, “somos responsables de ellos, como lo atestiguan los consejos terapéuticos que acompañan a la elaboración”, que –recordemos- piden al analista “paciencia con las repeticiones” y, al paciente, trabajar sobre sus síntomas y dejar de considerar “a su enfermedad un adversario digno de estima”. Se trataría, entonces, entre otras cosas, de abandonar el lugar de la victimización, que inhibe el recordar crítico.

Hay en todo este recorrido algunas cosas para rescatar. Pero su destino permanece incierto. Por un lado, podríamos pensar que se trata del hecho de que los roces han sido superficiales y que no han trascendido lo especular. Es lo que aparece cuando decimos que la lectura que ha hecho Ricoeur de Freud no ingresa al análisis de la complejidad de los conceptos. Es lo que hemos dicho también respecto de la situación de desencuentro con Lacan: no se sentaron a discutir ideas.

Desde la lectura realizada por Ricoeur, la historia tendría la tarea de contribuir al trabajo de memoria, desde la apuesta por una posibilidad de “reconciliar al presente con el pasado” y de “interiorizar definitivamente las pérdidas”. Es esta perspectiva la que requiere ser repensada desde un análisis –aquí ausente- de los textos de Freud, en dos sentidos: a) un reconocimiento de la situación de estos textos en la teoría freudiana, caracterizada por su permanente evolución; b) un análisis de la evolución posterior de los conceptos dilucidados en estos textos, y de los cambios

⁶ Los subrayados son míos.

en el planteo de sus relaciones; c) un recorrido por la interpretación lacaniana de estos conceptos. Este último aspecto es el hubiera podido darse si la ocasión histórica de encontrarse que Lacan y Ricoeur tuvieron, hubiera cuajado en un verdadero intercambio intelectual. Ese intercambio hubiera provisto a las hipótesis de Ricoeur de mejores posibilidades de interpretación del aporte freudiano, extraíble de estos textos, a la reflexión sobre la tarea historiográfica.

Bibliografía:

- Freud, Sigmund (2010): “Recordar, repetir, reelaborar”, en: *Obras completas*, tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 145-157.
- Freud, Sigmund (2010b): “Duelo y melancolía”, en: *Obras completas*, tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 235-255.
- Laplanche, Jean (1984): “Interpretar (con) Freud”, en: *Interpretar (con) Freud y otros ensayos*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 21-36.
- Laplanche, Jean (1996): “El psicoanálisis como anti-hermenéutica”, en: *Zona erógena*, n°30, www.educ.ar
- Ricoeur, Paul (2008): *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Roudinesco, Elisabeth (1993): *La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia, 3 (1925-1985)*. Madrid: Fundamentos.
- Sédat, Jacques (2008): “Freud y el proceder psicoanalítico”, en: C. Delacroix y otros, *Paul Ricoeur y las ciencias humanas*. Buenos Aires: Nueva Visión. Versión electrónica: <http://www.con-versiones.com/nota0714>
- Tort, Michel (1976): *La interpretación o la máquina hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Valabrega, Jean-Paul (1966): “Comment survivre à Freud?”, en: *Critique*, n° 224. Paris, pp. 68-78.

---o0o---